

# El cuento de la abuelita

Torcuato Tárrago y Mateos

FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## El cuento de la abuelita

Tárrago y Mateos, Torcuato

Cuento

Se reconocen los derechos morales de Tárrago y Mateos, Torcuato.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

[contacto@pruebat.org](mailto:contacto@pruebat.org)

# I

*En una de estas noches frías del invierno, amparados por una ancha chimenea en donde chisporroteaba un tronco de encina, mientras el viento y la lluvia azotaba las paredes de la casa, unos nietos escuchaban este cuento de su abuelita...*

—Hace ya muchos años, muchos, hijos míos, en que ocurrió lo que voy a referiros. Es la historia de siempre; porque eso de enamorarse, de jurar, olvidarse luego, de hacer protestas, que por lo regular no se cumplen, es la historia, la vida.

—¿Pero es cuento de *mucho miedo* el que nos va V. a contar, abuelita? —preguntó el más atrevido de los rapazuelos.

—Allá veremos; con que estadme atentos, y oíd:

Había un señor muy rico, que tenía una hija como un sol. Este señor rico, que tenía un castillo en la montaña, y muchas tierras en la llanura, era tan malo, tan malo, que las gentes dieron en llamarle el *señor Barrabás*. No porque así fuera su nombre, sino porque sus acciones corrían parejas con la fama que siempre tuvo aquel célebre personaje. Pero si el Sr. Barrabás era un Lucifer, su hija, la hermosa Berta, era un ángel, y váyase lo uno por lo otro. Todo el daño que hacía aquel señor de todos los diablos, lo reparaba la hermosa joven por medio de obras de caridad, de manera que toda la comarca no tenía sino palabras de bendición para la hermosa niña. Pero cuando esta llegó a los diecisiete años, principió a ponerse muy triste, sin que nadie pudiera dar en el origen de su melancolía.

—¿Qué tendrá la hermosa Berta? —decían las gentes por lo bajo—. ¿Se irá a morir ese ángel que tanto bien hace a todo el mundo?

—No —contestaban algunas personas experimentadas—; es que la quiere casar su padre, y ella no ama al marido que le proporciona.

—¿Y quién es ese marido?

—Un señor más feo que una noche de truenos, y capaz de dar un susto al miedo. Tan solo porque es más rico y poderoso que el Sr. Barrabás. Por eso no le importa a este un ardite en sacrificar a su bella y bondadosa hija.

—Con todo —añadió un zagalón que quería meter su cuchara en el plato de aquella conversación—, es muy cierto que el Sr. Barrabás quiere casar a la señorita Berta, nada menos que con el señor de Torovisco, pero también lo es que la niña está perdidamente enamorada del pastor Lisandro, por cuyo amor no le envidio la ganancia.

Y en efecto, todo lo que las gentes murmuraban era verdad, puesto que Berta sufría extraordinariamente con la expectativa de ser la esposa de un hombre horriblemente feo, así como gozaba con la dicha del amor secreto de su alma.

## II

Un día, levantose el Sr. Barrabás con un humor del infierno, y quiso convencer a su hija de que el señor de Torovisco era el hombre más cabal, el más completo y el cumplido esposo que ella merecía; pero como con todos los razonamientos del padre la niña no se convenciese, hubo, como era natural, un disgusto mayúsculo, el cual acabó con esta tremenda amenaza.

—Pues bien —dijo el Sr. Barrabás—; ya que no quieres casarte bien a bien, te casarás a la fuerza. Desde mañana principio a preparar los asuntos de la boda.

Quedó Berta anonadada con esta amenaza, y dos o tres veces estuvo tentada de ir a arrojarse por las almenas del castillo, como hoy suelen hacer muchos desventurados; pero reflexionándolo mejor, comprendió que para matarse siempre había tiempo, y se aconsejó de su dueña, que era una quintañona que tenía más correa que todos los frailes de la orden de San Agustín.

—No tengáis cuidado, niña mía —dijo la consejera—; aún todavía quedan algunas leguas de mal camino para llegar al alcázar de ese mal enderezado matrimonio, y mientras tanto, lo que conviene hacer es ir a consultar esta noche al astrólogo Fineo, que es un hombre que, respecto de estrellas, rayas de manos, y buenas o malas venturas, sabe más que Merlín.

Berta vio los cielos abiertos con los consejos de la dueña, y aquella noche, callandito, callando, se fue a la morada del mágico para exponerle sus cuitas. Presentose a este en el momento en que se hallaba haciendo un experimento en un alambique y una retorta, y le dijo:

—Vengo a saber mi destino.

—¡Ah!, me ocupaba en él, hija mía —contestó el astrólogo con voz balbuciente.

Sentose la niña temblando cerca de aquel hombre que le iba a abrir el libro del porvenir, y esperó a que este hablase. No tardó mucho tiempo en verificarlo, y después de largo tiempo, el mágico Fineo la miró en silencio, consultó las rayas de sus manos, y exclamó con acento sibilítico:

—*Ni lo uno, ni lo otro.*

—¿Y qué quiere decir eso? —se aventuró a decir la inexperta niña.

—Eso es cosa del porvenir. A su tiempo y sazón sabréis lo que eso significa.

### III

Si turbada y confusa entró Berta para consultar con el astrólogo, más confusa y turbada salió de su casa. Para ella, la respuesta que había obtenido no la comprendería ni el doctor más doctor de los graduados de Salamanca, y costole largas noches de no dormir pensando en lo que sería su destino, ante la especie de jeroglífico que en vano se empeñaba en descifrar. Pero sabido es que aquel que no se consuela es porque no quiere, y Berta olvidó bien pronto el horóscopo para pensar únicamente en el pastor Lisandro, que le tenía robada el alma, sus tres potencias y sus cinco sentidos.

Todas las noches, a pesar de la exquisita vigilancia del Sr. Barrabás, había traza para que Berta, con el auxilio de su dueña, viera a su idolatrado pastor, el cual era secretamente introducido en una de las piezas del castillo, donde los dos enamorados se entregaban a sus naturales y sencillos diálogos, los cuales no pasaban de decirse que se amaban, que nunca se olvidarían, que el uno sería del otro, y otras mil lindezas por el estilo. Pero cuando Lisandro supo que el señor de Torovisco le podía ganar la partida de un momento a otro, conoció que todo estaba perdido para él si no tomaba una resolución heroica.

Eso de pasarse la vida guardando ovejas, cantando endechas al son del caramillo, y refiriendo cuitas amorosas a los astros y a los vientos, era ya de todo punto imposible, y pensó hacerse soldado, porque en aquellos tiempos se hacía fortuna en la guerra, si es que no se dejaba el pellejo por allá, y más de cuatro enamorados que no valían dos cominos volvieron hechos insignes capitanes para lograr sus aspiraciones y deseos.

Berta se resistió a este expediente, pero Lisandro se aferró en su idea, y exigiendo juramento (porque entonces se juraba por todo) de que no sería olvidado y de que antes se dejaría matar que casarse con otro, se dispuso a partir, no sabemos si para los moros o para Flandes, pero sí contra los enemigos de su patria.

En la última noche de dulce unión y de sabrosa plática, los dos lloraron, gimieron y suspiraron hasta lo infinito: volvieron a reiterar todas sus promesas, y cuando llegó el instante de la separación, los dos se abrazaron, y no sabemos si se dieron ese primer ósculo que el amor arranca siempre a los que se encuentran en este caso.

—Adiós —dijo él.

—Adiós —contestó ella.

Y se separaron.

## IV

—Hijos míos —prosiguió la abuelita, suspendiendo la narración para mirar a sus nietos, los cuales unos la escuchaban con atención y otros daban sendas cabezadas—. Vamos, ¿qué os parece mi historia?

—No muy mal —respondió una hermosa niña, la mayorcita de todos los oyentes, la cual no dejaba de estar interesada por la suerte de Berta y Lisandro—; pero al oír ese cuento ya se comprende el fin.

—¿Con que lo has adivinado? —preguntó la anciana.

—¿Cómo no? Desde luego se ve que Lisandro iría a la guerra y mataría más moros que flores hay en vecino prado, y que una vez vencedor, se pondría a la cabeza de un ejército, y volvería al castillo del Sr. Barrabás, donde encontraría al señor de Torovisco pensando en casarse con la pobre Berta, y allí lo desafiaría en brava y singular contienda, por lo que los dos rivales tendrían un combate a muerte, mientras la joven pediría al cielo por la vida de Lisandro, hasta tanto que este acabaría por echar a rodar a su enemigo. ¿No es eso el final, abuelita?

—Es el que debiera ser, hija mía, pero aquí sucedió todo lo contrario.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la niña.

—Aquí ocurre que el pobre Lisandro se marchó a la guerra y estuvo en muchos combates; pero la ausencia, hija mía, ese remedio mortal contra los enamorados, y es fama que con la ausencia todo se olvida, no faltando quien asegure que las mujeres son más propensas a olvidar que los hombres. De este modo pasaron dos años. En dos años hay siempre mudanzas en el corazón humano, y Lisandro se fue perdiendo en la memoria de Berta. Mientras tanto el señor de Barrabás comprendió que no debía llevar tan de recio el casamiento de su hija con el señor de Torovisco, y lo aplazó. Lisandro continuaba en la guerra, pero sin medrar mucho. Todos los que de ella venían, decían que el enamorado pastor se había hecho un soldadote que no había más que pedir.

»Eso de casarse con un *soldadote*, como decía la gente, no era, ni podía ser, muy del agrado de Berta. Por aquella ocasión vino de la corte un joven caballero con una comisión del rey. Era este uno de aquellos mancebos que sabían tañer un laúd con un primor extraordinario, que rendían culto a la gaya ciencia, que sabían justar como el más cumplido paladín, y que hablaba de la corte, de las guerras y de las aventuras amorosas con un encanto indefinible. ¿Qué había de suceder? El galán era rico, noble y discreto; ella apasionada y linda: pensó el señor de Barrabás que las ventajas que se le ofrecían eran inmensas; y mandando a paseo al señor de Torovisco conoció que era el mejor

partido para su hija, y en poco menos de tres meses se entendieron todos, se concertó la boda, y Berta vino a ser la esposa de D. Tello de Girón, que así se llamaba el caballero.

—¡Qué ingratitud! —exclamó al oír este desenlace la hermosa niña que escuchaba el cuento—. ¿Con que el pobre Lisandro se quedó, como se suele decir, con una cuarta de narices?

—Ciertamente, hija mía; porque entonces, lo mismo que ahora, todo se olvida ante la conveniencia.

—¿Y aquellos juramentos?...

—Se los llevó el viento.

—¿Y aquel amor?

—Se disipó del todo. ¡Ah, hija mía! El corazón es desleal, infiel en muchas ocasiones. Todo lo olvida ante el egoísmo de la sociedad. Por eso tú, niña hermosa, que principias a vivir, no creas en lo que veas; duda, pues, y adelantarás mucho. Ahora escucha la última palabra.

Cuando Berta salía de la iglesia en medio del espléndido acompañamiento de sus amigos, deudos y allegados, se encontró con que había cerca de ella un soldado fuerte, tostado por el sol, grueso y fornido como su jayán. Este soldado parecía prestar sumo interés a la ceremonia; y cuando vio a Berta se encogió de hombros, y exclamó de modo que pudo ser escuchado de muchos:

—*Ni lo uno ni lo otro.*

Estas palabras eran las del mágico. Entonces Berta adivinó la realidad y exactitud del horóscopo, el cual significaba: que ni sería esposa del señor Torovisco ni del pastor Lisandro. D. Tello Girón estaba por medio.

—¿Se ha acabado el cuento, abuelita? —insistió la niña de que nos vamos ocupando.

—Sí, hija mía.

—Pues entonces he sacado una lección de él.

—¿Cuál?

—Que la ingratitud y la ambición fueron los móviles principales de la época en que suceden los hechos que acabáis de narrar.

—No digas *fueron*, di *son* —replicó la anciana—. La ambición y la ingratitud, hija mía, son las que matan siempre las más generosas aspiraciones del alma. No olvidéis esto.